

TRAFICANTES DE BELLEZA: UNA CONVERSACIÓN CON NUCCIO ORDINE

Entrevista realizada por Lucas
Rubinich, Fabrizio Di Buono, Victoria
Saez y María Belén Riveiro



TRAFICANTES DE BELLEZA: UNA CONVERSACIÓN CON NUCCIO ORDINE

Entrevista realizada el 17 de marzo de 2023 por Lucas Rubinich¹, Fabrizio Di Buono², Victoria Saez³ y

María Belén Riveiro⁴

Nulla dies sine linea

(Plinio II Vecchio)

7 ensayos: Nuccio, nos gustaría poder conocer desde un principio tu trayectoria, tu formación, tus preocupaciones. ¿Cuáles fueron tus inicios al ingresar en el mundo intelectual, por decirlo así, tu educación universitaria? ¿Cómo se despierta la idea de preocuparse por Giordano Bruno? ¿Cómo ocurre eso?

Nuccio Ordine: Primero, como vamos a hablar de la tarea de la universidad, es importante explicar que la Universidad de Calabria fue fundada en los años setenta. Mucha gente de mi generación, sin ella, no hubiera tenido la oportunidad de asistir a la universidad y comenzar una carrera académica. Para nosotros, que habíamos vivido en los pequeños pueblos de Calabria – que no teníamos nada –, esta universidad pública fue una inmensa ocasión para abrirse al mundo. Quiero explicarles brevemente este contexto. En mi pequeño pueblo no había una librería, ni una biblioteca, no había un teatro, en fin, nada. Esta situación creo que puede ser similar a la de muchos pueblos de América Latina, porque Calabria es una de las regiones más pobres de Italia. Esta idea de defender la escuela y la universidad pública es muy importante hoy en día, sobre todo porque hoy con la historia de los rankings estamos destruyendo la verdadera tarea de la universidad.

La fundación de esta universidad permitió acceder a los estudios universitarios a todos los jóvenes que no tenían oportunidad de mudarse desde sus regiones natales para estudiar en otras universidades. Para nosotros fue una revolución muy importante. Una revolución que nos ha permitido, por ejemplo, escuchar a profesores muy jóvenes que venían desde el norte de Italia, así como de otros lugares. Estoy hablando de profesores que no tenían oportunidades de enseñar en las grandes universidades, pero que comenzaron sus carreras en el sur, en una pequeña universidad como la de Calabria. En esa época, me acuerdo de que, en el Departamento de Filología antigua y moderna –en ese entonces se llamaba así el departamento donde escuchábamos a los profesores y teníamos las clases– y en otros departamentos, enseñaban profesores muy jóvenes, pero al mismo tiempo muy cultos, porque hacían cosas de vanguardias en Italia.

Yo tuve una suerte inmensa, porque la relación con estos profesores me permitió cultivar mi amor por la investigación y el conocimiento. La Universidad de Calabria nació como campus, con la idea de que

¹ Universidad de Buenos Aires.

² Universidad de Calabria.

³ Universidad de Buenos Aires.

⁴ Universidad de Buenos Aires.

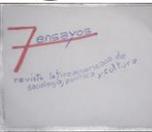


profesores y estudiantes pudiesen compartir y vivir en el mismo lugar. Ese es un modelo un poquito estadounidense. De hecho, la universidad en Arcavacata –un pequeño pueblo cerca de Cosenza, la capital de la provincia– nace en el campo, rodeada por árboles, olivos, un mundo muy interesante, donde sobre todo se construyeron las residencias para los estudiantes. En esta época, yo no pagué nada para ir a la universidad, porque los estudiantes que tenían buenas notas en los exámenes no pagaban nada, las cuotas universitarias pasaban a ser gratis, así como las residencias para dormir y el comedor universitario. Por lo tanto, era una verdadera e inmensa posibilidad para aquellos jóvenes que venían de familias que no tenían dinero, que no podían sostener los costos de la educación universitaria mandando a los hijos a otras regiones para estudiar en otras universidades. Para ese lugar, una región que no tenía industria, sin posibilidad de crear oportunidades para encuentros entre jóvenes y trabajadores, fue una revolución muy importante, porque ahí se creó la posibilidad para miles de jóvenes de vivir juntos en el mismo lugar, hablando con profesores que tenían una cultura muy amplia. En este contexto, me inscribí en la universidad en noviembre de 1977.

En ese entonces, el debate político era muy importante al interior de la universidad. Yo tengo una experiencia de militancia en la extrema izquierda italiana, la izquierda a la izquierda del Partido Comunista de la época, y los profesores no eran, como hoy en día, especialistas en un pequeño perímetro de un campo de investigación, sino que eran intelectuales. ¿Qué significa esto? Significa que eran profesores que, más allá de tener conocimiento de sus disciplinas con una preparación en la literatura en la disciplina específica, tenían sobre todo una visión del mundo muy profunda, una cultura básica muy amplia. Por lo tanto, con estos profesores, en la materia de Literatura italiana, por ejemplo, se podía abordar la Filosofía, la Historia del arte, la Política, evidenciando cómo los saberes no son saberes separados, sino que están siempre conectados entre ellos. Y esta es una de las cosas importantes que yo, en treinta y dos años de enseñanza, he intentado hacer entender siempre a mis estudiantes: que la clase de Literatura italiana no es solamente una clase de Literatura.

El diálogo con estos intelectuales permitió a muchos jóvenes dialogar sobre lo que pasaba en el mundo, cuando las informaciones no llegaban. Este proceso permitía comprender y, sobre todo, cuando regresaban a sus pueblos, hablar de estos temas con todos aquellos amigos que no tenían la posibilidad de ir a la universidad. Aunque estuviera en la misma región, la necesidad principal de estos amigos era la de trabajar para la familia.

Actualmente, se sostiene que los estudiantes estudian para ganar dinero, mientras que, en ese entonces, los estudiantes iban a la universidad para ser mejores y para cambiar el mundo. Pongamos un ejemplo: hoy, un estudiante de Harvard, otro de Yale, en fin, un estudiante que paga cien mil dólares para estudiar, la única preocupación que tiene es la de cómo pagar la deuda que contrajo para estudiar y cómo ganar dinero. No tiene interés alguno en cambiar el mundo. Estas nuevas generaciones piensan que el mundo está bien, así como está, o que no se puede cambiar. Hoy en día, estudiar no significa cultivar la utopía, mientras que para nosotros era muy importante cultivar una utopía pensando en un mundo mejor.



Me quiero detener un momento en qué significa un mundo mejor. Si miramos el mundo desde una región donde no hay hospitales que permiten respetar la dignidad humana, luchar por un mundo mejor significa pensar en un mundo sin desigualdades, donde los jóvenes que no tienen dinero tengan las mismas posibilidades que los que sí tienen. Pensar en luchar para crear una sociedad donde los dos pilares fundamentales de la dignidad humana sean accesibles y dignos: el derecho a la salud, los hospitales y el derecho al conocimiento, es decir la escuela y la universidad. Esta no es mi idea sino la de un Premio Nobel de Economía que, en un librito muy interesante, habló de una investigación y un estudio sobre lo que fue el Estado más pobre de India, Kérala. Amartya Sen comprendió que cuando los gobiernos invierten mucho dinero en la salud y en la educación, en la escuela y en la universidad, los territorios se desarrollan. Se evidencia cómo estas políticas públicas han tenido un desarrollo fundamental, conduciendo a Kérala a ser la región india con la mayor renta per cápita del país. Los gobernantes no comprenden esto: piensan que invertir en la sanidad y en la educación significa gastar dinero. ¡No es así! Sino significa invertir en el futuro de un país. Obviamente no es un resultado que se puede obtener en dos días, cinco o diez años. Son resultados alcanzables cuando se está educando a una o dos generaciones. Son procesos que necesitan tiempo. Hoy, todo tiene que estar hecho en el mismo día. Todo es a corto plazo. Sin embargo, tenemos que hacer entender que las mejores cosas no son de corto plazo. En las investigaciones científicas y humanísticas, en las programaciones de una sociedad, las mejores cosas salen cuando se dispone de mucho tiempo. Parece que hoy no se puede comprender todo esto. Es por el tema de la rapidez que, hoy, domina nuestra sociedad. Es un error gravísimo, porque la rapidez no es una buena condición para la investigación científica; tampoco para las relaciones humanas. Yo escribí mucho sobre el elogio de la lentitud, porque es la lentitud la que nos permite ser hombres y mujeres capaces de crear cosas importantes para la sociedad. Y, al mismo tiempo, crear vínculos entre seres humanos.

Por lo tanto, en la Universidad de Calabria, encontré profesores que hicieron florecer mi pasión por Giordano Bruno. Mi profesor de Literatura italiana, el profesor Giulio Ferroni, jubilado hace diez años, me sugirió investigar el símbolo del burro en la literatura del Renacimiento. Este símbolo es muy importante en Maquiavelo, autor de *El Príncipe*, y en Giordano Bruno. En particular este último escribió dos obras acerca del símbolo del asno, donde esta figura resultaba central. Estas son *Cábala del caballo Pegaso* y *Expulsión de la bestia triunfante*. Leyendo los textos de Giordano Bruno, me enteré de que este hombre tenía un pensamiento capaz de hacerme comprender las muchas contradicciones de nuestro presente. Esto que les digo, me hace pensar en otro tema para disputar con los gobiernos y los ministros: los clásicos no se leen solo para hacer un examen en la universidad o para conseguir un título. Sino que los clásicos se leen porque ayudan a comprender nuestro presente. Por esta razón Bruno podía responder a las preguntas que yo me formulaba, porque él siempre dijo que el saber no puede ser dividido en disciplinas diferentes, porque el saber supone una conexión entre filosofía, ciencia, literatura, arte. El saber tiene un hilo rojo que permite el diálogo entre ellas.

De este modo, comencé a trabajar sobre Bruno y, al mismo tiempo, a comprender que leer, escribir, estudiar eran la razón de mi vida. Lo comprendí desde muy temprano, porque a los veinte años, para



ganar dinero, trabajaba también en un periódico, donde ganaba más dinero que mi profesor en la Universidad. A pesar de trabajar como periodista con mucha pasión, luego de haber pasado por la universidad, comprendí que no era mi camino. Entonces, renuncié a mucho dinero, que ganaba como periodista, para seguir en esta otra aventura de la investigación, aunque a veces no tenía dinero para nada. Hubo grandes dificultades económicas, pero siempre me acompañó ese entusiasmo de estudiar, porque para mí no resultaba ser una profesión, sino una vocación. No es un trabajo, es un placer que no tiene precio. Porque cuando se hace una cosa que nos gusta, ésta se transforma en la joya de nuestra vida. Y no tiene precio. Por esta razón hoy estoy muy tranquilo.

En fin, si hoy decido enseñar en la Universidad de Calabria, lo hago también porque tenía una deuda con mi tierra. Yo estoy convencido de que la presencia de un profesor es muy importante para los alumnos. A veces se piensa que son las plataformas digitales los verdaderos ganadores que pueden cambiar la vida de un estudiante, pero esto no se corresponde con la realidad: solo un profesor puede cambiar verdaderamente la vida de un estudiante. O, por el contrario, puede matar la vida de un estudiante, porque podemos tener también el efecto contrario, por supuesto. El profesor es como un *pharmakon*: en la raíz griega de *pharmakon* encontramos simultáneamente el remedio y el veneno. Por eso digo que un profesor puede matar o salvar, mejorar, la vida de un alumno. Depende de cómo se hace.

7E: Con respecto a la militancia, la militancia en América Latina o en el norte de Italia, que fue muy fuerte en los años setenta, te quería preguntar cómo era esta militancia en Calabria en esos años. ¿Quiénes eran los sujetos interesados? Te lo pregunto porque por lo que contás tengo la sensación de que no se trataba de los obreros de la fábrica sino más bien de un mundo con mayor tradición campesina.

NO: Muy buena pregunta. A los catorce, quince años, yo vivía en mi pueblo, que se llama Diamante (en la provincia de Cosenza). Allí tenía amigos, mayores que yo, que eran estudiantes en otras ciudades del norte de Italia. Ellos venían siempre para las vacaciones. Yo, a través de estos amigos, empecé a leer y a debatir. Para ir a la escuela secundaria, que estaba a unos veinte kilómetros de mi pueblo, cada mañana tenía que tomar un colectivo que tardaba una media hora. Hoy hay colectivos donde hay casi solo estudiantes. En ese entonces era diferente: había obreros y estudiantes viajando juntos, porque no había otra posibilidad. Y la particularidad de estos colectivos era que llegaban a destino una hora antes del horario de ingreso a la escuela. Entonces, en esa hora de espera, todo el mundo caminaba, debatía, hablaba.

También en este secundario tuve la suerte de tener otro profesor muy bueno, capaz de hacerme comprender la importancia de la literatura y de la utopía, de la visión del mundo, del compromiso social. Es el tema de que trato en mi último libro que salió en octubre de 2022 por Acanalado, *Los hombres no son islas*. Elegí este título porque la idea de la visión insular del hombre es una idea muy negativa, propia de este neoliberalismo rapaz, capaz de hacernos creer que el hombre es una isla aislada de toda la humanidad. Y esta es una mentira, porque la literatura –siempre ella– nos hace comprender que solo las cosas que una persona hace para los demás pueden ofrecernos un sentido pleno de la vida. Si pensamos solamente en nosotros mismos, todo se reduce a una vida casi miserable, que no tiene una visión amplia

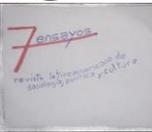


y universal. Entonces, el diálogo con ese profesor me permitió empezar a comprender que la literatura tiene también una función social de compromiso muy importante. Después, comprendí que, toda la cultura, todos los saberes pueden ayudar a emprender este camino. Es por eso que, entre las escuelas y los amigos mayores, comencé en el pueblo a hablar de política, de una visión del mundo diferente.

Recuerdo que nos quedábamos a discutir, tal vez toda la noche, acerca del hambre en el mundo, las desigualdades, pero eran conversaciones muy importantes para comprender otra cosa: la importancia de lo gratuito en la vida. ¿Qué significa eso de lo gratuito? Que yo hablaba con los demás no por interés personal, no para solucionar la pregunta que hoy muchos nos ponen de “¿para qué sirve?”. ¿Para qué sirve estudiar latín o griego? ¿Para hacer dinero? Sirve para hacer de cada uno un hombre que merece ser llamado hombre, porque el conocimiento es una formación muy importante para que la humanidad sea más humana. Por esta razón, en la universidad, en 1977, había muchos movimientos políticos de estudiantes como el movimiento del 68. Pero aquí debemos marcar una diferencia. El movimiento del 68 tenía una gran diferencia con el de mi generación: en ese entonces, a las universidades ingresaba estudiantes que pertenecían a una clase media alta; mientras que, en las universidades del 77, encontramos una clase de estudiante medio alta, pero también medio baja. Es esto lo que generó la posibilidad de ampliar la base social de los estudiantes, creando un diálogo entre personas con experiencias de vida muy diferentes. Por estas razones el 68 fue un movimiento muy intelectual, mientras que el de 1977 fue un movimiento intelectual y, al mismo tiempo, revolución pura, material, con un compromiso más fuerte, con una acción que no tenía nada que ver con un discurso puramente intelectual.

7E: Cuando comenzás tu carrera docente, ¿es en la misma Calabria?

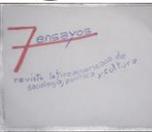
NO: Yo tuve una suerte muy grande, porque al final de mi carrera, cuando obtuve la licenciatura, al año siguiente y por primera vez, habían creado en Italia el doctorado (que hasta entonces no existía). En 1982, obtuve la licenciatura y preparé el concurso para el primero ciclo de doctorado en Italia. Tenía un miedo inmenso por la convocatoria, porque era la primera, y la edad promedio de quienes se presentaron era muy elevada, porque había gente con diez o quince años más que yo. De todos modos, trabajé todo un año para preparar el concurso que era sobre el tema de la retórica en una visión no solo literaria, sino filosófica, lingüística e histórica también. Durante todo un año, trabajé mucho para prepararme y en 1983 se hizo el concurso. Lo gané, y trabajé tres años en el doctorado de la Universidad de Calabria. Sin embargo, una vez acabado este periodo, no tenía perspectivas en Calabria, no tenía posibilidades. Por lo tanto, decidí postularme a una beca de la Universidad de Harvard. Era una beca para el Centro de Estudios sobre Renacimiento de la Villa Berenson en Florencia. Gané el concurso, hice un año en Florencia y, luego, hice un concurso en el Ministerio de Relaciones Internacionales porque había una beca para ir un año a París. Pude ganar también esta beca. Efectivamente, es en París que mi vida se revolucionó. Siempre la casualidad, siempre el encuentro con un profesor que te cambia la vida. En ese entonces, seguía el catálogo de una editorial, *Les Belles Lettres*, que había editado todos los textos latinos y griegos de cuando era estudiante. Recuerdo que había, a lo largo del Sena, vendedores de libros usados y yo compraba los



clásicos de *Les Belles Lettres*. Y bien, un día me invitan para dar una conferencia sobre Giordano Bruno, en el Instituto de Cultura Italiana, donde estaba el director de la editorial de *Les Belles Lettres*. Fue un hombre muy importante en mi vida, Alain Segonds. Fue como un Pico della Mirandola, hablaba griego y latín, italiano, ruso, alemán, inglés, español, todos los idiomas del mundo. Sabía todo. Fue él que me dijo que tenía que enviarle un proyecto para hacer una edición bilingüe de Giordano Bruno en francés. Contesté que no era profesor, que tenía 28 años, que era un don nadie. Pero él insistió en que le enviara el proyecto. Al fin, así hice y, luego, él me envió el contrato donde me ofrecía ser director de la colección. Yo había realizado uno de los sueños de mi vida: dirigir a los 28 años una colección que para mí era una entre las mejores del mundo en la difusión de los clásicos. Finalmente, hicimos esa edición. El encuentro y el trabajo con Alain, de muchos años en París, abrió la posibilidad de frecuentar y hablar con intelectuales destacados, verdaderos maestros que colaboraban con esta editorial. Por ejemplo, el gran profesor Pierre Hadot, el más importante estudioso del neoplatonismo en el mundo. Y yo tenía estas ocasiones para hablar con ellos casi dos o tres veces por semana. Era una ocasión enorme para formar mi cultura, mi conocimiento y, después, una vez que mis libros fueron traducidos por la editorial Pellet y después de que se publicaran los primeros volúmenes sobre Giordano Bruno, en Italia pude alcanzar una reputación. Todo ello, me ayudó mucho para ganar convocatorias. Porque no era fácil para un hombre que venía de una pequeña universidad, un pequeño pueblo, que no tenía apoyo. No era fácil, pero había comprendido que si me pedían diez yo tenía que dar cuarenta. Así pude ganar el concurso en la Universidad de Calabria y, al año siguiente, el de profesor, cuando tenía treinta y tres años. A pesar de haber recibido la oportunidad de enseñar en Roma, elegí la Universidad de Calabria, porque tenía una deuda ética. Y desde luego tuve siempre la posibilidad de enseñar en otros lugares como profesor visitante, porque en Cosenza yo enseñaba durante el primer semestre, mientras que en el segundo podía dedicarme a ser profesor visitante en varias partes del mundo.

7E: Escuchando tu trayectoria, desde un pequeño pueblo de una región periférica hasta tener un prestigio internacional con tu obra sobre Giordano Bruno, quizás permite a las personas entender tu apasionamiento por el conocimiento. Yo creo que para nuestros lectores es muy importante conocer esta trayectoria de vida junto a las preocupaciones tuyas, para entender cómo se fue consiguiendo tu conocimiento. A mí me llamaba mucho la atención que este apasionamiento tuyo tuviese que ver también con tu preocupación por decir cosas más allá de la universidad, como ir a conversar con los estudiantes del secundario, producto seguramente de un diagnóstico que, por supuesto, compartimos acerca del deterioro de las instituciones educativas a nivel internacional.

NO: Claro. ¿Cuál es hoy en día la preocupación que también me ha puesto frente a la necesidad de escribir el librito *La utilidad de lo inútil*? Las reformas hechas en los últimos treinta años, que tienen como objeto la universidad, y que han creado un malentendido entre universidad y empresa, educación y mercado. Para mí son cosas extremadamente diferentes. Transformar las universidades en empresas es un error del cual hoy vemos las consecuencias negativas. ¿Por qué lo considero un error? Porque la tarea de una

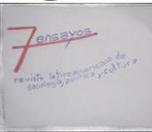


empresa no es la misma tarea que tiene la universidad. En una empresa, cuando una rama no produce se corta. En la universidad, aplicar esta lógica es mortal, porque pueden matar el futuro del conocimiento. Por ejemplo, si tenemos un profesor que enseña una lengua antigua como el sánscrito y hay dos alumnos anotados, el consejo de administración puede decidir que esta clase no es más rentable para la universidad. Por lo tanto, se decide quitar la disciplina, porque la universidad no puede pagar a un profesor para dos estudiantes. En este proceso se revelan las consecuencias de esta lógica: estamos amenazando no solo el futuro de la universidad, sino el futuro de la democracia y de la humanidad. Si yo corto hoy el sánscrito, mañana tendré que cortar el latín y el griego, y luego cortar otras disciplinas. Esto implica que cuando los últimos conocedores del griego, del latín, del sánscrito desaparezcan, en cien años, no tendremos un hombre o una mujer capaces de leer un manuscrito, leer una lápida antigua, leer frente a un descubrimiento arqueológico los documentos encontrados. Por tanto, significa cortar fuertemente la relación con la memoria, con el pasado. Y una sociedad que corta su relación con la memoria es una sociedad que no tiene futuro, lo que produce una sociedad de ignorantes, de gente que, en el espacio de dos generaciones, pensará que una biblioteca, un museo, un archivo no sirven para nada. Esto es muy peligroso, en cuanto en la mitología clásica, la diosa de la memoria, Mnemósine era una de las más importantes, porque era la madre de los nueve saberes. Si matamos a la diosa Mnemósine, se mata el saber, el conocimiento, en fin, se mata la memoria. Hay una frase muy interesante de Milan Kundera, el escritor checo, que dice: "La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido". Es una frase sumamente importante y fuerte, porque nos hace comprender que si cortamos nuestra relación con el pasado vamos a construir un mundo de ignorantes. ¿Cómo podíamos imaginar que el presidente de Estados Unidos sería un hombre ignorante como Trump? Es increíble. En un país como Brasil, tener de presidente a un ignorante como Bolsonaro; en un país como Italia, un ignorante como Salvini, ahora Ministro de Infraestructuras. Todo eso para decir que hoy los políticos destruyen las lenguas en el Parlamento. Yo desconozco la situación de Argentina, pero si hoy escucharan a un político italiano que habla en el Parlamento, no encontrarían a un político que exprese una frase bella, clara. Siempre matan el idioma porque no tienen cultura y nos damos cuenta de que está bajando el nivel de toda la sociedad. Este es el peligro que estamos ya viviendo.

Entonces ahí está la diferencia entre la escuela y la universidad y la empresa. Las escuelas y universidades tienen como tarea principal formar ciudadanos cultos que después puedan ejercer una profesión con un sentido ético muy fuerte. Boris Johnson recomendó a los estudiantes británicos elegir la carrera universitaria pensando en cuál les permitiera ganar más dinero. Este razonamiento supone una disminución del nivel ético profesional. Si un médico hace su trabajo solo para ganar dinero, no por pasión y vocación, el peligro será descuidar a los pacientes. Yo digo siempre a los estudiantes que tienen que estudiar la disciplina que aman, y solamente después, cuando se estudia con amor y pasión, podrán hacer bien su trabajo. También con una licenciatura en Filosofía, Literatura, Historia del arte, se pueden hacer cosas sumamente importantes, así como buscar un trabajo digno para sí mismo.



Sin embargo, hoy, el problema parece ser que la universidad y la escuela tienen que formar soldaditos a servicio del mercado. Tienen que formar consumidores pasivos que no critiquen este modelo. Y esto nos conduce a otro problema, es decir, hoy en el centro de la enseñanza no está la formación de un saber crítico, sino la conformación y aceptación del estudiante de los falsos valores dominantes de nuestra sociedad. El soldadito que consume, que piensa que la tecnología lo es todo, y, sobre todo, el soldadito que piensa que el futuro es importante y que todo lo que está antes no es bueno y es obsoleto. Es la ley y la disciplina de la tecnología: el iPhone 14 es mejor que el 13, mientras que el 12 está muerto porque es demasiado viejo. Pero la sociedad no funciona así. Para comprender nuestra sociedad el pasado no está obsoleto, sino que es fundamental, es demasiado importante. Estas son las críticas que estoy haciendo. También me estoy preocupando por el sistema de los rankings, una forma de corrupción de las universidades. Tenemos dos ejemplos recientes, ambos en Estados Unidos. El primero afecta a la Universidad de Columbia. El *New York Times* publicó un artículo sobre este tema, donde se evidenciaba que la Universidad de Columbia dio datos falsos para tener una posición más alta. Sin embargo, luego los descubrieron y la universidad bajó diez posiciones en el ranking. ¿Por qué hacen esto? Porque estar en una posición más alta en los rankings significa tener más prestigio y ganar más dinero, tener mayores inversiones e inversores para proyectos de empresas privadas y otras cosas de este tipo. El segundo ejemplo es acerca de la Universidad de Nueva York. El mejor profesor de Química de la Universidad de Nueva York fue despedido porque ochenta y dos estudiantes escribieron una carta donde lamentaban la rigurosidad de este profesor en el examen. El rector hubiera debido enviar una carta para agradecerle pero el resultado fue otro. Lo que sucedió lo explicó muy bien el responsable de matriculación de los estudiantes: los estudiantes pagan, nos permiten vivir y tenemos que escuchar lo que los estudiantes dicen. Esto significa que el cliente tiene razón, o sea si uno paga, tiene razón. Es la regla del comercio. Cuando hacemos cosas como estas, estamos envileciendo el trabajo de profesor en la universidad. ¿Por qué, entonces, considero que los rankings corrompen las universidades que no están en Estados Unidos? Porque en los Estados Unidos las universidades son privadas y la necesidad de construir rankings corresponde a la venta de un producto de lujo. Entonces, los rankings son una forma de legitimación de este juego, creando un sistema considerado objetivo que indica al cliente la razón del porqué está pagando mucho. Por lo tanto, ¿dónde está la desigualdad de este sistema? Una universidad privada trabaja sobre todo para las élites que pueden permitirse pagar mucho. Las universidades de América Latina, de Argentina, de Europa, al contrario, han tenido otra tarea en el curso de los siglos, es decir, la de formar ciudadanos cultos y permitir a todos –y no a una elite– de tener una formación universitaria importante. Estamos destruyendo nuestras universidades públicas pensando en los rankings, para estar entre las primeras cien universidades del mundo. Menciono otro ejemplo más, para que se entienda que esta competencia está perdida sin siquiera jugarla. Harvard tiene el presupuesto del 50% de todas las universidades italianas. ¿Cómo pueden competir las universidades italianas con Harvard? Otro dato: Harvard tiene este presupuesto por menos de veinte mil estudiantes. Las universidades italianas tienen el 100% de su



presupuesto por un millón de estudiantes. Es evidente que estamos asistiendo a una carrera entre un Ferrari y un coche que no vale nada. Cómo podemos ganar contra un Ferrari si tenemos un coche que está haciendo otro trabajo, participando en una carrera diferente, cumpliendo otra misión. Esta misión es la de crear, con poco dinero, una formación para muchos estudiantes. Harvard ofrece con mucho dinero una formación para pocos estudiantes que pueden permitirse pagar. Es un traje hecho a medida lo que piden cuando se paga. Y además es de marca, es uno de esos que cuesta mucho, que te permite buscar trabajo con esta marca que estás vistiendo.

Para nosotros es otra cosa. Tenemos universidades que no están en los rankings internacionales, pero tenemos muchas de estas universidades que están en Argentina, en Italia, en Europa, trabajando indirectamente para Estados Unidos, permitiendo a los Estados Unidos ganar premios Nobel con las formaciones pagadas por nosotros y dirigidas a estudiantes de familias de clase media. Si una universidad no está entre las primeras cien del mundo no significa que no valga nada. Es una mentira.

¿Por qué jugar a un juego que es muy peligroso para nosotros? Los sistemas de parámetros anglosajones no tienen nada que ver con los nuestros. Si tenemos que evaluar, hagámoslo con otros parámetros. El parámetro que se utiliza en los sistemas anglosajones se estructura alrededor de la ganancia del estudiante al terminar su carrera. Es este principio el que decide qué universidad es mejor de la otra. Esto no tiene sentido, es una locura, un suicidio colectivo del mundo por seguir las reglas y los parámetros de Estados Unidos. Tenemos que decir a nuestros estudiantes que deben estudiar para aprender a vivir, para ser ciudadanos cultos, para ser ciudadanos solidarios con los demás, para construir un mundo mejor, no para hacer dinero. El dinero es una consecuencia de una buena formación cultural general. Esta es la verdadera tarea de la universidad.

7E: A nosotros nos preocupa mucho este tema, sobre todo porque en Argentina, que es un país reciente, por decirlo así, cuando comienzan los debates por la fundación de la nación, hacia fines del siglo XIX, aparece el debate entre el utilitarismo vulgar anglosajón y la tradición greco-romana. Hay dos textos fundamentales: uno de un uruguayo que se llama José Enrique Rodó, el texto se llama *Ariel*, escrito en 1900, que es una cita a *La Tempestad* de Shakespeare, que nos ofrece una pelea fuerte contra el que llama utilitarismo vulgar. Y otro de un gran escritor argentino, Leopoldo Lugones, que en 1912 hace una legitimación de lo que era un folletín popular, convirtiéndolo en la obra nacional argentina que es el *Martín Fierro*. Es una operación cultural muy importante. Lo que hace Lugones es sacarlo de folletín popular, insertándolo en el marco de este debate de recuperar la memoria y, como lo decía en este momento, recuperar la gran tradición greco-romana. Este proceso fue también bien valorado por los intelectuales. El proyecto de fundación de la nueva Argentina incluye la educación gratuita y obligatoria en el nivel primario y las universidades públicas gratuitas. Por esto para nosotros este proceso de deterioro lo vivimos algunos con mucha angustia, mientras que otros lo celebran, por esto leemos con tanto apasionamiento *La utilidad de lo inútil*. La misma atención ponemos en *Clásicos para la vida*, porque es cierto también que los profesores muchas veces se relacionan de una manera fetichista con los clásicos,



entonces se genera un aburrimiento. Yo he escuchado algunas conferencias tuyas, donde la gente mira con asombro tus anécdotas sobre el burro y el león de Giordano Bruno, y ahí se ve qué puede pasar cuando un profesor de filología prestigioso cuenta lo que además contaba Giordano Bruno, para relacionarlo con Nicolás Maquiavelo. Estas cosas también tienen que ver con las posibilidades que se abre según cómo uno se relaciona con la cultura, que puede ser fetichista o vital, que es lo que vos propones en *Clásicos para la vida*.

NO: Es el mismo trabajo que he hecho, porque es una trilogía: *La utilidad de lo inútil*, *Clásicos para la vida* y *Los hombres no son islas*. Es un trabajo para que se comprenda que los clásicos son siempre nuestros contemporáneos. Porque responden a nuestras preguntas. Los clásicos hacen emerger una paradoja: que los muertos, o los que pensamos están muertos, nos hablan. Al contrario, las personas que hoy hablan resultan ser los verdaderos muertos porque no tienen cultura. La medida de la vida no es estar muerto o vivir. La medida de la vida son las cosas que podemos aprender. Y estos muertos, los clásicos, nos hablan mejor que los vivientes ignorantes. Ellos son los verdaderos muertos, porque no nos dicen nada. Por eso Maquiavelo decía: "A la noche regreso a mi casa y hablo con los clásicos que me hacen comprender el mundo que me rodea". Es fantástico, ¿no? Hablar con los muertos te permite vivir, porque no son verdaderos muertos, ellos nos hablan, y continúan hablando a través de una palabra que es inmortal, capaz de vivir a lo largo de los siglos. Y hoy hay mucha gente que vive, pero está muerta, porque es ignorante. Porque no puede decir nada a los demás. Por esta razón, enseñar es una vocación, puede cambiar la vida de un estudiante, pero puede matarla también, porque un profesor que no hace bien su trabajo es un profesor que amenaza el futuro de los estudiantes.

Siempre leo esta carta fantástica de Camus, donde, el día que gana el premio Nobel, el premio más importante en la vida de un escritor, él piensa en su mamá y en su profesor de la escuela primaria en Argel, para decir: "Sin ti, sin tu mano afectuosa, yo no sería el que ahora soy". Es muy conmovedor. El profesor es muy importante en el sistema de la educación y pido siempre a mis lectores, a los alumnos, de cerrar un momentito los ojos y pensar en un profesor que les ha cambiado la vida. Tenemos siempre un apellido que está en el fondo del corazón.

Hoy en día la tarea del profesor, enseñar, no tiene el prestigio que tenía hace cuarenta años. En mi pueblo, en Calabria, un profesor de escuela secundaria tenía un prestigio muy importante porque era un hombre que sabía, era un hombre de cultura, mientras que hoy existe un desprecio hacia la cultura, un desprecio hacia los profesores que no ganan nada, porque un profesor no tiene mucho dinero y por este hecho se considera que no vale nada. Hoy, medimos el valor de una persona con el dinero. Eso es un error inmenso. Los profesores tienen una dignidad, la gente que sabe, aunque no gane mucho, tiene una dignidad inmensa. Por lo tanto, tenemos que hacer comprender a nuestra sociedad que enseñar es muy importante para el futuro de un país y que un profesor tiene derecho a un salario digno, porque hoy no están bien remunerados por el trabajo inmenso que sostienen cada día. En un pequeño pueblo de África, o en un lugar perdido de Argentina, hay profesores que en silencio cambian la vida de los estudiantes. Y nadie lo sabe. Es un pequeño milagro que se verifica cada día en algún lugar del mundo. Yo pienso que estos



profesores merecen un respeto social y un respeto económico muy importante, pero, lamentablemente, las cosas no son así en nuestras sociedades. Esto es muy triste y peligroso.

7E: Nos contó un poco las motivaciones que nos permiten reconstruir el por qué escribió la trilogía. Pero quería preguntarle también cómo fueron recibidos estos libros por los lectores, por los estudiantes. Pregunto porque, desde la revista, compartimos en resaltar importancia de rescatar los clásicos, desde la idea de lo cualitativo que pelea con esta mirada más cuantitativa. Los clásicos nos hablan, pero también hay que saber cómo hacerlos hablar. ¿Cómo apropiarse de ellos?

NO: Los clásicos nos hablan porque hacemos preguntas, de lo contrario los clásicos estarían en silencio. Tenemos que tomar un clásico, leer, hacer preguntas y los clásicos nos responden. Pero, para hacer preguntas, tenemos que leer. Porque, ¿cuál es la paradoja hoy en día de nuestra sociedad? Que hay más escritores que lectores. Hay gente que escribe sin leer. Y esto denota por qué en las librerías se vende mucha basura.

Después, con *La utilidad de lo inútil*, lo que me hizo feliz fue el encuentro con los lectores, con los jóvenes, durante las conferencias que hice por todo el mundo. El libro está traducido en treinta y tres países, a casi todas las lenguas del mundo más importantes y pequeñas también. Bueno, sobre todo en América Latina, España, algunos lugares de Europa, he tenido la suerte de encontrar y conocer lectores muy cariñosos, con esta pasión y han podido comprender el peligro que estamos viviendo.

Este pequeñito manifiesto que escribí me ha permitido hacer una experiencia humana muy buena. Me acuerdo de una vez, en una conferencia en Medellín (Colombia), pude hablar a los estudiantes que estaban en la Feria del libro, donde estaba también el alcalde. Les dije que me gustaría mucho que los estudiantes estuvieran en la calle para ser traficantes de belleza, de amor, de paz, de libros, en la ciudad más conocida del mundo por los traficantes, pero hay una manera de ser traficantes que puede hacer cambiar las cosas. Después de este discurso, tres estudiantes, dos mujeres y un joven, llorando, me han abrazado y me han dicho: “Toda mi vida he deseado ser un traficante de belleza”. Tuve esa misma emoción en muchos lugares, tal vez hablando a setecientos o quinientos personas. En Porto Alegre, hay una foto también en la web, donde había mil quinientas personas en una conferencia. Yo nunca me hubiera imaginado una cosa similar. Esto significa que hay gente que no está dispuesta a aceptar pasivamente los falsos valores de estas imposiciones. Hace cuarenta años, Margaret Thatcher dijo que no hay alternativa. No es verdad, siempre hay alternativa. Tenemos que buscar, tenemos que estudiar para conocer la alternativa. Pero, nos han explicado a nosotros que tenemos que hacer esto porque no hay alternativa. Repito: es una mentira. Por lo tanto, tengo que pelear para que esto sea entendido.

7E: Quería preguntarte acerca de la alternativa. En el sistema educativo ahora, después de la pandemia, con este pasaje por la virtualización total de las escuelas y de las universidades también, ¿cómo se encuentra esta alternativa después de un capitalismo de plataformas en el que vivimos, donde todo está atravesado por estas cuestiones? ¿Cuál es el camino, hacia dónde ir?



NO: No tengo una receta. Si la hubiese tenido, la situación habría sido muy diferente. Pero, puedo contestar con un cuento muy interesante, que hizo una vez en Italia un escritor, Camilleri (el escritor del Comisario Montalbano). Camilleri cuenta que hay un incendio en el bosque, del que todos los animales escapaban para salvar sus vidas. El último en huir es el rey, el león, que, mirando el fuego piensa en lo que él puede hacer para apagar el incendio. Sin embargo, es consciente de que no tiene fuerza alguna para hacer esto. Entonces huye él también. Caminando mira a un pequeño colibrí que iba exactamente en dirección contraria a la suya, es decir iba hacia el incendio. El león grita: “Qué haces, ¡loco! Mira, hay un incendio muy peligroso”. Y el colibrí responde: “Claro, lo sé muy bien, pero tengo en el pico una gota de rocío para depositarla en el incendio”. Yo creo que cada uno de nosotros tiene una gota como el colibrí. Significa que la única cosa en nuestro poder es hacer bien nuestro trabajo, para que sea nuestro testimonio en la vida. Yo tengo mi gota de rocío, tú tienes la tuya, Lucas la suya, María la suya y Fabrizio la suya. Sin embargo, somos cinco gotas. Pero, si hay millones de gotas podríamos apagar el incendio. Esta es la única respuesta que puedo darte.

No es importante estar seguros de ganar. El gran hidalgo don Quijote nos enseñó una cosa muy importante: que hay derrotas gloriosas. Y si nosotros sufrimos una derrota, esta puede ser un importante ejemplo para los demás, para los otros que vendrán después de nosotros y pueden aprender cosas. En el fondo, tenemos que pensar en nuestras acciones independientemente del resultado. Nuestra gota es así: la tengo para permitir que mi vida tenga un sentido muy fuerte: tengo que ir al incendio y depositar esta gota ahí en el fuego.

7E: Yo también pensaba en las maneras de escapar del sistema de la rapidez. ¿Cómo lo podemos escamotear diariamente? Además, leyendo su obra, tenía una imagen fija, la de los campos de Bourdieu, de los capitales que determinan las posiciones allí adentro, y pensaba: ¿cómo todo lo que el sistema dominante nos hace considerar inútil puede tener influencia en las relaciones de poder que se construyen alrededor de la cultura? ¿Cómo vamos a intervenir con lo que hacemos dentro de estas relaciones que tiene un esquema muy bien dibujado y que además se innovan muy rápidamente?

NO: Yo puedo hablar de mi experiencia personal. Si nosotros hablamos con los estudiantes, ellos pueden comprender, pueden emocionarse. Una cosa que debemos hacer entender es la importancia de hacer cosas en la vida que no tienen un valor comercial, uno económico. Es decir, hacer las cosas por el placer de hacerlas, porque sirven para nuestra vida, no para hacer dinero. Sirven para nuestra joya, para ser feliz. Leer un libro, escuchar música, mirar una pintura, son actividades que no hacen generar dinero, pero permiten construir nuestra humanidad y nuestra felicidad. Esto lo considero muy importante. Y, después, otra cosa, es la de buscar las páginas de literatura para que los demás comprendan la importancia de todo esto. En *Cien años de soledad*, está la maravillosa escena del coronel Aureliano Buendía, regresando a Macondo, después de treinta y dos guerras. Se encierra en Macondo, en su taller personal, para fabricar pescaditos de oro. Y ¿qué hace? Fabrica los pescaditos de oro, gana dinero y funde este dinero para fabricar más pescaditos de oro. La mamá Úrsula se pregunta dónde está el provecho de su hijo. Entonces,



Gabo explica que el coronel tenía interés no en el dinero, sino en el trabajo, era feliz construyendo pescaditos de oro. Esto es lo que tenemos que hacer entender a los estudiantes. No con mi palabra que no tiene fuerza, sino empleando los clásicos, la belleza, la cultura. Empleando la filosofía. Por ejemplo, yo hablo siempre de Aristóteles. Cuando preguntan al filósofo griego para qué sirve la filosofía, él contesta siempre: “La filosofía no sirve, porque la filosofía no es servil, la filosofía educa a la libertad, y un hombre libre vale más de un hombre que tiene dinero”. Maquiavelo decía: “El mundo está compartido entre la gente que sabe y la que no sabe. La gente que no sabe es esclava de la gente que sabe”. La libertad es el conocimiento. El conocimiento no tiene precio.

